

LA FORTALEZA INEXPUGNABLE

LEYENDA TUROLENSE



ADAPTACION TEATRAL DE

Luz Gutiérrez Guillén

Asociación Cultural "El Hocino de Blesa"

Ficha de la obra

Leyenda de "La fortaleza inexpugnable", teatralizada por Luz Gutiérrez Guillén sobre una leyenda turolense

Publicada en Internet en www.blea.info/rinconliterario

Representada en Blesa y Huesa del Común (Teruel) en 2007, como parte de la promoción del teatro infantil y juvenil de la asociación cultural El Hocino de Blesa.

Elenco

Al-Muh-Shad, alcaide del castillo, Javier Magallón

Said, capitán moro, Víctor Lou

Amhed, espía moro, Martín Andreu

Widad, hermana del alcaide, Jenifer Gómez

Enrique, capitán cristiano, Luz Gutiérrez

Guillermo, ayudante de Enrique, Yana Infante

Ramón, pastor de Blesa, Diana Ferrando

Yasmine, doncella de Widad, Sandra Fernández

Miguel, otro pastor, Nacho Salas

Dos soldados moros: Daniel Bartolo y Guillermo Plou

Cabras: Alicia Lou, María Tejedor, Diego del Río, Alicia

Ramos, Alicia Cortés, Inés Arqued, Victoria Gutiérrez, María

Salas, Pablo Plou, Julia Martínez

Crónica y fotografías del evento en

<http://elhocino.blea.info/memoria2007.html>

Personajes

Al-Muh-Shad, alcaide del castillo

Said, capitán moro

Amhed, espía moro

Widad, hermana del alcaide

Enrique, capitán cristiano

Guillermo, ayudante de Enrique

Ramón, pastor de Blesa

Yasmine, doncella de Widad

Miguel, otro pastor

Dos soldados moros.

La fortaleza inexpugnable

Escena I

Dos escenarios paralelos, separados simbólicamente por la entrada a una fortaleza. El de la izquierda es un sencillo paraje rocoso, al fondo del cual se abre un barranco. El de la derecha es una estancia del castillo moro, decorado con cojines y alfombras.

Al-Muh-Shad, alcaide del castillo, duerme sobre un montón de cojines. Su sueño es muy inquieto: se agita gritando.

Al-Muh-Shad: ¡No! ¡Dejadme! ¡No! *(Se despierta gritando, y se incorpora aún con la respiración acelerada. Entra por la derecha el capitán de su guardia).*

Capitán: ¿Qué os pasa señor?

Al-Muh-Shad: No es nada, Said. Sólo estaba soñando.

Capitán: Señor, últimamente os veo muy inquieto. No habéis descansado bien estos días.

Al-Muh-Shad: Siempre estás muy atento Said. En efecto, estas noches no he conseguido conciliar el sueño. La misma pesadilla se repite una y otra vez: demonios y seres espectrales rodean el castillo. Entran por las ventanas y me persiguen hasta alcanzarme, y me rodean, y me atormentan...

Capitán: Tranquilizaos, son sólo pesadillas.

Al-Muh-Shad: Sí, sólo pesadillas.

Capitán: Señor. Nuestro espía Amhed os trae información.

Al-Muh-Shad: ¿Está aquí?

Capitán: Aguarda vuestro permiso para entrar.

Al-Muh-Shad: Que pase. Que pase ahora mismo.

(El Capitán sale un momento. Cuando está fuera, Widad entra a escondidas y se oculta tras unos cortinajes. Regresa el Capitán, seguido de Amhed)

Al-Muh-Shad: ¿Querías verme?

Amhed: Señor, los cristianos se acercan. Apenas están a unos kilómetros.

Al-Muh-Shad: No te preocupes Amhed. Bien sabes, y también esos cristianos lo saben, que a esta fortaleza no se accede fácilmente. Se podría decir que sin mi permiso, aquí no entra ni el aire.

Amhed: Así ha sido hasta ahora, pero...

Al-Muh-Shad: ¿Acaso dudas de lo que estoy diciendo?! Yo mismo he diseñado sus defensas.

Amhed: Señor, no dudo de vuestra palabra, pero nunca antes nos hemos enfrentado a un enemigo tan poderoso.

Al-Muh-Shad: ¿Tantos son?

Amhed: Los infieles que avanzan hacia aquí se cuentan por miles. Aunque, como espía vuestro que soy, he descubierto un secreto que nos proporcionará aún más seguridad ante esos malditos.

Al-Muh-Shad: Pues, ¿a qué esperas? ¡Habla!

Amhed: El capitán cristiano, Enrique, enviado del rey de Aragón, se ha enamorado de vuestra hermana, la bella Widad.

Al-Muh-Shad: ¡Ja, ja, ja! ¿De mi hermana? ¿Qué tontería es esa?

Amhed: Señor, está locamente enamorado. No duerme, no come... Sólo deambula por las proximidades del castillo con la esperanza de verla. Algunos de vuestros hombres lo han visto con frecuencia cerca de la torre norte.

Al-Muh-Shad: Bueno, tonterías aparte. ¿Qué tiene eso que ver con el tema del ataque cristiano?

Amhed: Mucho. Estando tan enamorado como está, el capitán cristiano no atacará la fortaleza por miedo a hacerle daño a su amada.

Al-Muh-Shad: Es un capitán del ejército real. ¿Crees que su amor es un sentimiento tan fuerte que le impedirá acatar las ordenes del rey?

Amhed: El amor puede hacer que un hombre enloquezca. Que pierda el control y el sentido. Puede hacer hasta que traicione todo lo más sagrado.

Al-Muh-Shad: Entonces, según tu teoría, no se producirá el ataque...

Amhed: Sólo hay una cosa que puede fallar.

Al-Muh-Shad: ¿Cuál es el problema, Amhed?

Amhed: Señor, no sé si me atrevo...

Al-Muh-Shad: ¡Habla!

Amhed: Señor, Enrique recibe correo de vuestra Hermana. Ella le ama y eso nos puede causar problemas. Podría ayudar a los cristianos a atacarnos y.....

Al-Muh-Shad: ¡Eso es imposible! ¡Mi hermana! ¡Marchaos!

Amhed se va corriendo a trompicones y Al-Muh-Shad se queda solo.

Al-Muh-Shad: ¿Será verdad eso que dice?

Se marcha preocupado. Sale de su escondite la joven Widad, también preocupada, con una carta en la mano.

Widad: ¿Qué voy a hacer? Tengo que luchar entre mi lealtad para mi pueblo y mi hermano, o mi amor por Enrique... ¡Oh! Enrique... que tu Dios y Alá nos protejan. Te amo tanto... *(abre la carta y la relee. Lloro. Cae de rodillas. Aparece Al-Muh-Shad. Ella esconde la carta.)*

Al-Muh-Shad: Que Alá te proteja hermana. ¿Dónde te habías metido? Tengo que hablar contigo.

Widad: (*Nerviosa*) Yo... yo... no... no me he movido de aquí.

Al-Muh-Shad: Debes saber que han llegado a mis oídos noticias de tus amores con el enemigo. Espero que pienses en nuestro honor y en nuestra familia, hermana.

Widad: (*Enfadada y tocando la carta a escondidas*) ¿Enemigo dices? ¡No es mi enemigo! ¡Le amo! Y él a mí también. Jamás me haría daño. Y si se lo pidiera tampoco te lo haría a ti.

Al-Muh-Shad: ¡Traidora! (*Le ve la carta*) ¿Qué llevas ahí? (*Se la quita y empieza a leer*)

Widad: Por favor no...

Al-Muh-Shad arruga la carta y la tira enfadado

Al-Muh-Shad: ¿Crees que voy a permitir que mi propia hermana me deje en evidencia? (*Triste y pesaroso*) No. Permanecerás en esta sala con tu doncella y no habrá mas correos a escondidas con ese cristiano. Lo siento Widad.

Widad: (*Llorando*) No. Por favor, no...

Su hermano coge la carta tirada y desaparece de escena.

Escena II

Salen los dos pastores, discutiendo.

Pastor: Te dije que era mejor tener más cabras. Así no se nos las habrían llevado, como han hecho con las ovejas.

Pastor 2: ¡Quita! Si hubiésemos tenido más cabras se nos las habrían llevado también. Si nos las han dejado

ha sido porque para cuatro cabras no iban a andar persiguiéndolas por el monte. Como si los moros fueran tontos. Ya saben que son mejores las ovejas.

Pastor: No tienes ni idea. Dónde vas a comparar, lo tierna que es una cabra.

Pastor 2: Anda, anda, donde esté una buena oveja... si las cabras están locas...

Pastor: Tú sí que estás loco. Lo que pasa es que son más inteligentes. Por eso se van por donde quieren, y no como las ovejas que van como borregos.

Pastor 2: Desde luego a ti sí que te parecerán inteligentes, con lo poco que tienes en la cabeza.

Pastor: Te voy a...

Se van discutiendo. Aparece Enrique dando un paseo mientras piensa bajo la luz de la luna.

Enrique: ¿Cómo podré decidir qué hacer? ¿Atacar la guarida de esos moros, como me ha ordenado el Rey? De ninguna manera. Widad no puede salir de la fortaleza y si la atacáramos podríamos herirla. No... Además, aunque no le hiciéramos daño, no sé cómo atacar el escondrijo de Al-Muh-Shad. Desde luego fue muy astuto cuando mandó construir su refugio. A esas peñas es muy difícil acceder. Y menos un ejército. Para colmo de males, mis soldados se impacientan; quieren atacar y piensan que es una excusa que no podamos acceder a la fortaleza.

Entra Guillermo, su mejor amigo.

Guillermo: Enrique. Un mensajero, el mismo que te traía las cartas de esa joven, ha traído el mensaje de que su hermano la tiene cautiva por traición.

Enrique: ¿Qué? (*da un salto*) ¡Eso no puede ser!

Guillermo: Así es. Y siento mucho herirte, pero es lo mejor que podía pasar...

Enrique: ¿Lo mejor?!

Guillermo: Sí, Enrique. Ella es musulmana.

Enrique: ¿Y qué? ¿Acaso eso importa?! ¡Yo la amo y ella me ama a mí! ¿Qué importa que sea cristiana, mora, judía o del mismo infierno?!

Guillermo: Cálmate, cálmate. De todos modos, ¿qué vas a hacer? ¿Atacarás ahora la fortaleza?

Enrique: No lo sé. Posiblemente esté en un lugar resguardado. Seguramente no le pasará nada. A no ser que arda el edificio.

Guillermo: Decididamente no creo que sea buena idea incendiar la fortaleza, pero ¿cómo la atacaremos?

Enrique: No sé. Anda, déjame sólo. Tengo que aclarar mis ideas.

Guillermo se aleja. Enrique queda meditando. Entra un pastor.

Pastor: Buenos días. (*Enrique lo ignora.*) Oíd, ¿os encontráis bien?

Enrique: (*Suspira*) ¿Qué? Ah... no, no me encuentro bien.

Pastor: ¿Es por las guerras? Desde luego no parecéis un campesino. Sois soldado, ¿verdad?

Enrique: Sí buen hombre. (*Mirando hacia el castillo*) No hay quien pueda atacar el castillo moro. Estoy desesperado.

Pastor: No me extraña que os encontréis tan mal. La verdad es que nadie sabe cómo atacarlo.

Enrique: Por cierto, ¿Quién sois?

Pastor: Soy Ramón, el pastor de Blesa.

Enrique: ¿Blesa? ¿Es Blesa esta aldea?

Pastor: Sí.

Enrique: Y si sois pastor, ¿dónde está vuestro rebaño?

Pastor: Detrás de esa colina.

Enrique: ¿No lo vigiláis?

Pastor: Mis perros conocen muy bien estos terrenos y mis pocas cabras no se me escapan.

Enrique: ¿Cómo? ¿Acaso tenéis más cabras que ovejas?

Pastor: Desgraciadamente, los moros de la fortaleza vinieron a coger provisiones. Pensaban que las ovejas eran mejores que las cabras y se llevaron casi todas. *(Se entristece momentáneamente y baja la cabeza pero luego vuelve a sonreír)*. Los muy tontos no se llevaron las cabras.

Enrique: Claro, porque son mejores las ovejas.

Pastor: ¿Cómo? De eso nada. A quién se le ocurre... mejores las ovejas... anda con éste.

Enrique: Bueno, de todos modos, ¿quién sabe qué será mejor, tener más cabras o tener más ovejas?

Pastor: Son mejores las cabras, de toda la vida.

El pastor se marcha.

Enrique: Vaya, así que los moros vinieron a este pueblo a coger provisiones. Por eso los huertos están tan vacíos. Los moros debieron de llevarse casi todo.

Escena III

En la sala del castillo, Widad piensa. Entra su doncella, Yasmine, ayudándola a lavarse y afeitarse.

Widad: ¿Cómo estará Enrique? Yo, mientras siga tan enamorada, estaré bien, y por lo único que mi ánimo se desvanece es por estar lejos de él. ¡Cómo me gustaría decirle que yo aquí estoy segura! Si atacaran la fortaleza, a mí no me

pasaría nada. Bueno, él es tan inteligente que seguro que ya lo habrá pensado. Sí. Seguro que pronto se dará la voz de alarma, diciendo que están atacado el castillo.

Yasmine: No se preocupe mi señora. Todo se arreglará.

Widad: ¡Oh, Yasmine! Si pudiera hablar con él, o sólo recibir un mensaje suyo...

Yasmine: Él estará bien. Es muy inteligente. No sufriremos ningún daño. Tú misma lo has dicho, mi niña.

Widad: ¡Que Ala te oiga!

Yasmine: Ahora debes descansar mi señora. Ya verás cómo mañana lo veremos todo más claro.

Widad se acuesta con Yasmine a su lado y se duerme pensando en Enrique.

Escena IV

Enrique continúa donde estaba.

Enrique: Me gustaría seguir charlando con ese pastor. La verdad es que fue muy amable.

Una cabra sale a escena asustando a Enrique. Después se va por donde ha venido.

Enrique: Vaya susto me ha dado esa cabra. Menudos demonios están hechos esos bichos. ¿De dónde ha salido? No me he dado cuenta de que se acercaba. Y por ahí vuelve el pastor.

Pastor: Buenas tardes otra vez. ¿Habéis encontrado mi cabra?

Enrique: *Bueno, yo creo que ella me ha encontrado a mí... (Los dos se ríen durante un rato) Acaba de marcharse en aquella dirección.*

Pastor: Ah, sí, no os preocupéis. Uno de mis perros ya la está llevado con las otras. ¿La veis?

Enrique: Sí, ya la veo. Bueno, La verdad es que me apetecía hablar con alguien que no me contara batallitas de guerra.

Pastor: No se puede dejar de lado una guerra una vez que se inicia... Por cierto, ¿habéis encontrado ya la manera de atacar el castillo? Para lo que queráis, contáis con todo mi apoyo.

Enrique: Gracias por vuestro ofrecimiento, pero no creo que podáis hacer gran cosa. Aunque tampoco es que se me haya ocurrido nada.

Pastor: Bueno me tengo que marchar. Os deseo mucha suerte.

Enrique se queda solo.

Enrique: En verdad que tiene muchas cabras este pastor. Con el susto que me he dado con sólo una... No me gustaría encontrarme solo con todos esos animales. Diría que de noche puede asustar a un ejército entero... *(Se le ilumina el rostro y se va corriendo con una gran sonrisa, y gritando)*. ¡Guillermo!, ¡Guillermo, ven aquí! ¡Pastor, vuelve!

Entra Guillermo corriendo

Guillermo: ¿Qué pasa? ¿Quién os ataca?

Entra el pastor, también corriendo. Tras él poco a poco van entrando 4 o 5 cabras.

Enrique: Guillermo, Guillermo. Ya lo tengo.

Guillermo: ¿Qué tienes?

Enrique: La forma de atacar la fortaleza. Además no nos costará ningún esfuerzo ni ningún soldado.

Guillermo: ¿Cómo? ¡Explicámelo todo!

Enrique: Pues verás... (*Le susurra algo al oído*).

Guillermo: ¿Estas seguro? No es mal plan, desde luego, pero ¿resultará? Y, ¿cómo conseguiremos las...?

Enrique: No te preocupes, de eso me encargo yo. (*Al pastor*) Pastor, tengo que pedir os vuestra ayuda.

Pastor: ¿De qué se trata? Si es por la batalla pedid lo que queráis.

Enrique: Es que no creo que estéis de acuerdo.

Pastor: Decidlo de todos modos.

Enrique: Necesitaría que me prestarais vuestras cabras.

Pastor: ¿Todas? (*Enrique afirma*) Y, ¿para qué?

Enrique: Pues, las necesito esta noche. La idea es ponerles bolas de brea en las astas y prenderles fuego.

Pastor: Ah... fuego en las astas... a mis cabras... ya lo entiendo... (*ríe*) Pero qué bromista sois... (*ríe hasta que se da cuenta de que los otros están muy serios*). Pues no. No es una broma. Bueno, ¿puede saberse para qué queréis quemarme las cabras?

Enrique: No queremos quemarlas. Sólo ponerles fuego en las astas. Luego las dirigiremos contra los moros para asustarlos, obligarlos a salir y cuando salgan, los apesaremos.

Pastor: Ah... claro, claro..., pero, ¿no creéis que mis cabras son pocas?

Enrique: Ahora que lo pienso, sí. Pero, ¿Cómo conseguiremos más?

Pastor: Dejadlo en mis manos. Esperad un momento.

El pastor se dirige hasta el borde del barranco.

Pastor: ¡Ehhh!

Pastor 2: (*Se oye a lo lejos*) ¡Yeeee!

Pastor: Ven pacáaaaa.

Pastor 2: ¡Váaaaa! (*enseguida aparece el pastor 2, y poco a poco, tras él, aparecen otras 4 o 5 cabras*)
¡Quihay!

Pastor: Muy bien. Oye, tengo que pedirte un favor. ¿Puedes prestarme tus cabras?

Pastor2: ¿Mis cabras para qué?

Pastor: Verás, estos caballeros las necesitan para atacar la fortaleza de los moros y conseguir que se rindan...

Pastor2: ¿La de los moros?

Pastor: En efecto.

Pastor2: ¿Con mis cabras? (*ríe*) Pero qué bromista sois... (*ríe hasta que se da cuenta de que los otros están muy serios*). Pues no es una broma. ¿En serio?

Pastor: Sí. (*Responde con voz seria*)

Pastor2: De acuerdo.

Pastor: Ven conmigo. Con nuestros rebaños será suficiente.

Guillermo: Enrique, ¿no era un solo pastor?

Enrique: Eso creía. (*Se dirige al pastor*) Creo que tendría que haber unas presentaciones. Je, je, je. Éste es Guillermo, mi amigo y compañero.

Pastor: Éste es Miguel, otro pastor de la zona, y muy amigo mío. Nos va a ayudar colaborando con sus cabras.

Pastor2: Yo por echar a los moros... Bueno, ¿empezamos?

Enrique: Ahora mismo. (*Salen seguidos de todas sus cabras*).

Escena V

Entran Al-Muh-Shad, Said, Amhed, y otros dos soldados moros, y se dirigen hacia la puerta del castillo. Widad y Yasmine despiertan.

Amhed: Os lo dije, señor, con estas altas murallas y, mientras el capitán cristiano siga enamorado de vuestra hermana, podremos estar tranquilos.

Al-Muh-Shad: Lo cierto es que no hemos tenido noticia de los cristianos hace días. Lo más probable es que hayan ido a por Alcañiz, y se hayan olvidado de nosotros.

Said: Por si acaso tendremos a los hombres preparados.

Al-Muh-Shad: Y sobre todo impedid que mi hermana abandone el castillo. Si ella escapa no sólo perderemos nuestra garantía sino que podría revelarles a los cristianos los pasadizos secretos.

Amhed: No os preocupéis. La mantengo siempre discretamente vigilada.

Soldado 1: Señor, se acerca algo por allí.

Escena VI

Salen las cabras con fuego en las astas, seguidas por Enrique, Guillermo y los dos pastores, que las van azuzando. Las cabras llegan corriendo hasta la puerta del castillo.

Soldado 1: ¿Qué es eso?

Soldado 2: ¡Son fantasmas!

Amhed: ¡Son espíritus!

Al-Muh-Shad: ¡Vienen a llevarme! ¡Son los demonios de mis sueños! ¡Vienen a llevarme!

Said: ¡No huyáis! ¡Sólo son cabras!

Los moros, asustados, echan a correr dejando abierta la puerta del castillo. Sólo Said se queda un momento, hasta que una cabra le da en el culo, y se echa a correr también. Enseguida llegan los pastores y les quitan el fuego de las astas. También llegan Enrique y Guillermo hasta la puerta del castillo. Widad se escapa y corre a los brazos de Enrique. Se abrazan en medio de las cabras.

Enrique: ¡Cuánto te he echado de menos, mi princesa!

Widad: ¡No tanto como yo, mi caballero! (*Los dos ríen y se besan apasionadamente*)

Enrique: (*Al pastor*) Gracias a vuestras cabras hemos conseguido capturar el castillo.

Pastor: ¿Lo ves? gracias a tener más cabras.

Pastor 2: Pues mejor habría sido con ovejas.

Widad: Ni cabras ni ovejas. Lo que ha hecho caer este castillo ha sido el amor. ¿Mi hermano estará seguro, amor mío?

Enrique: Tu hermano no sufrirá daño alguno... mientras tú no sufras por su causa.

Pastor: De todos modos, es mejor tener más cabras.

Pastor 2: Tener más ovejas...

Todos ríen, festejan y bailan.

FIN

© Luz Gutiérrez. 2007